

EL CIRCO DE CALICANTO

Rodeado de verdes potreros, en el cruce de trajinados caminos ganaderos, construido sobre las piedras remanentes de viejos tanques de curar añil, de cal y cantos de los ríos vecinos, al borde mismo del Maracay provinciano y en letargo, después del éxodo de los provisorios aprovechados de la pequeña corte en desbandada a la muerte del longevo "Benemérito", recogió mi memoria infantil la visión prodigiosa del todavía llamado Circo de Calicanto, tantas veces cantado por los poetas de la época.

El edificio, que por entonces se nos antojaba gigantesco, hermoso y sugerente, hacia contraste violento con las otras construcciones públicas que destacaban en un poblado que, a su pesar, seguía siendo el mismo rescoldo agrícola que visitó Humbolt en los albores del siglo XIX. Se marcaba la enorme diferencia con el carácter germánico de fortalezas bélicas de los cuarteles y las líneas modernas del airoso Hotel Jardín o del austero Hospital Civil. que rodeaban una inmensa y todavía incomparable Plaza Bolívar.

Lo percibí con legítima sorpresa de muchacho, como una joya deslumbrante que alguien había dejado abandonada a la orilla del campo. Hacia ya algunos años que no se repetían, con el boato que pregonaban sus testigos, las famosas Ferias de Maracay y las arenas del ruedo, sin el ardoroso pisar de las grandes faenas, las encontramos los sorprendidos alumnos de las escuelas vecinas, enteramente cubiertas de frondosa verdolaga. Las vetustas maderas de "peach pine" (pichipen decían los entendidos criollos) conservaban la estructura clásica de gruesos botalones y tabloncillos encajados sin resquicios. Los años de abandono apenas habían desvaído el serio caoba de su color original y por los rasguños que dejaron pitones ya lejanos, dejaba escapar aromas sugerentes de paisajes remotos.

Tardamos años en comprender el significado de la arquería graciosa que encerraba el recinto, las puntas almenadas de la cornisa, cuyo perfil se repetía en los soportes de un recio estribo pintado de blanco y sobre todo, la aplastante desproporción del palco principal, testigo mudo de efímero poder.

Todo aquello parecía anunciar acontecimientos importantes: los tendidos silenciosos, las barandillas discretamente forjadas, los palcos casi íntimos, debajo de alegres banderolas y la perfecta simetría de 45 pequeños arcos de herradura. Mas oculto, en profundo silencio, el oscuro pavor de los toriles con fuerte olor a sangre seca y mas adelante los corrales, mas soleados y camperos pero siempre al amparo solemne de almenas dentadas, alegorías vistosas de tierras, hombres y tiempos muy lejanos. Afuera, el portalón de pesados maderos, recalados de brillantes cabezotes de bronce, que desaparecieron en la vulgar reconstrucción con el machihembrado actual. Pero no pudieron llevarse la solemne majestad del arco que solo pudo aceptar como acento los azulejos que, entre floridos adornos, acogen los rasgos cúficos de un tributo divino. Que gloria para la especie equina que a ésta se le llame Puerta de Caballos!

Adentro, en el patio, a la sombra de unos almendrones, presentíamos con temor las furias de un conserje solitario que arrastraba la pena de una lesión incurable e imponía su vigilante autoridad a fuerza de pedradas de una certera "fonda" que por igual cazaba las abundantes palomas del entorno o ahuyentaba los visitantes indeseables, que como nosotros, lo arriesgaban todo para regresar al pasillo de la enfermería, con sus cristalerías medio rotas y el testimonio de una vieja camilla entre paredes que habían sido blancas, una dañada lámpara quirúrgica y mas allá, en un rincón bajo las gradas del tendido, el rimero multicolor de las sillas plegables de los palcos, que en luminosas tardes del pasado dieron asiento a improvisadas manolas tropicales cuando lucieron mantones y peinetas a la usanza legítima de la mas criolla dama antañona. Pero habíamos dejado atrás un recinto sagrado y recoleto, con una fachada curiosamente armónica con el conjunto, pero de carácter enteramente diferenciado: la capilla, territorio vedado por la vecindad de la conserjería, de donde según las malas lenguas, había desaparecido con premura, en manos supuestamente encopetadas, una valiosa imagen de la Virgen de la Macarena que, según contaban tenía de diamantes sus copiosas lágrimas. Tardamos años en reconocer que esta breve fachada es lo único de este conjunto que verdaderamente tiene los rasgos del frontis neoclásico de la Plaza de la Maestranza de Sevilla. Por la angosta escalera que usan los médicos en tardes infaustas, a la meseta, colindante con la localidad de barrera de sol,

hoy desaparecida, de allí al tendido para seguir sigilosamente a lo largo de los pasillos posteriores a los palcos que años mas tarde alojaron de pie a los asistentes con mas afición que "posibles" bajo la techumbre siempre fresca de la teja de arcilla roja y el interior abovedado de madera, que otro reconstructor se salto a la torera.

Al final una pequeña puerta cerraba un recito alucinante que después dieron en llamar Mezquita, por perezosa repetición de su homologa de la plaza caraqueña. Allí nos esperaba la sorpresa de las cabezas disecadas de toros de la tarde inaugural: uno de La Providencia que debió ser sardo, un colorado de Miura, con los ojos de cristal vaciados por un desaprensivo, otro de Pérez Tabernero y la cabeza de una jaca torda, de Antonio Cañero que sorprendentemente conservaba todavía la cabezada andaluza con riendas, bocado y moquero casi intactos. Murales de lujo de Carlos Ruano Llopis que anunciaron las tres primeras grandes Ferias de Enero, que según la malicia política de la época, pretendían mantener cerca los capitostes que reunidos en la lejana capital andina, en sonadas ferias por las mismas fechas, pudieran alimentar ideas "equivocadas". Con la prisa, al entrar, no habíamos advertido por encima del dintel de la puerta, la paramuna y muy melena cabeza disecada de un negro de Mondoñedo que se lidio en 1935.

Todas las fuertes impresiones no mermaron la contemplación imperdurable de aquellos balcones, ajimeces con coquetones arcos lobulados (aprendimos mas tarde) que se asomaban al mundo exterior de cada día, desde un ambiente mágico. Un poco mas tarde, adolescentes ya, encontramos allí mismo la primera lección viva de educación artística. Alguien señalo que las puntas levemente ojivales de los grandes arcos exteriores, eran el testimonio mudejar de "los moros que no se quisieron ir" de una disimulada influencia gótica. Y así aprendimos de dórico, jónico y románico, comenzando al revés, por lo mas sensual y elaborado, pero mas próximo y querido. Después nos enteramos del significado místico del color almagre que coronaba la cornisa mas alta del conjunto, el mensaje oculto del color rosa viejo de los pasillos superiores y de los delicados detalles de tenue azul celeste de algunos arcos interiores en contraste. Notamos las escogidas molduras de lacería en el alfeizar de algunos ventanales. En los pisos encajaron con arte y sabiduría, los policromos mosaicos de cemento de la fábrica de La Barraca que podían reconocerse en algunos domicilios domésticos.

En cada arista, cada huella y cada perspectiva se podía advertir el amoroso delirio juvenil de sus creadores, los "muchachos" Gómez: Juan Vicente y Florencio quienes con caprichosa insistencia la hicieron posible y el talento en agraz de un arquitecto joven también: Carlos Raúl Villanueva, que no se copio nada de Sevilla por mucho que se empeñe la repetición ignorante, sino que realizó su propia creación, casi musical o poética, con los detalles de la mejor arquitectura mudejar que estudio atentamente en sus viajes por Toledo, Córdoba, Granada y la propia Sevilla. Además del diseño fue capaz de trasladar al trópico la habilidad y la gracia de los alarifes mozárabes y para colmo de su regodeo recogió su mensaje en lo que fue, para la época, la primera estructura de concreto armado de esa naturaleza que se edificó en el país.

Desde lejos, desde el promontorio peninsular de El Calvario, instituido en los albores de la Parroquia, apenas podían verse por aquellos años los tejares de las casas, casi todas modestas, sumergidos en un mar vegetal de samanes centenarios, caros, ceibas y multitud de árboles frutales que hacían valer como legítimo el título de Ciudad Jardín, antes que los ingenieros del supuesto progreso cambiaran impunemente árboles venerables por baratos sacos de cemento. Al borde de la prisionera "Caja de Agua", por razones estratégicas cercada por las antiguas bayonetas de la Guerra de la Federación, en los intervalos de las cotidianas "derrotas" a piedra limpia, los escolares de la época, unos maracayeros y muchos recién llegados del llano o la montaña, detallábamos lo que sobresalía de aquel inmenso mar verde que bajaba de la cordillera y se difuminaba en la calina imprecisa de las vegas de la Laguna de los Tacarigua. Al sur, con respeto imponente sobresalía la torre de La Catedral con su reloj que siempre funciono con la exactitud necesaria para regir la vida de los ciudadanos y al este, solitaria, la silueta deslumbrante y misteriosa del Circo de Calicanto, con el único limite del feraz gamelotal de estos valles. Mas allá la explanada del campo de aviación y el ruido lejano de la incipiente aviación venezolana que disfrutaba en exclusiva del insólito espectáculo de mirarla desde arriba.

Quienes lo conocimos libre y desenfadado a la orilla de un camino ganadero, sin retoques mercantilistas que llegaron a pintarlo de un rosa femenino y luego lo embadurnaron de capas y mas capas

de pintura al amparo de contratos ventajosos clamamos, una vez mas por una verdadera restauración, que recupere el mensaje original, que rescate los matices sutiles, que respete la vocación de su creador, en definitiva: una labor pro-FE-sional.

No deben ser los barrotes de una prisión los encargados de proteger su integridad. Se puede repetir en este caso, la paradoja de una forma de entender la vida en la ciudad moderna, donde los inocentes están cada vez mas prisioneros de los mas diversos artilugios de seguridad, repetidamente vulnerados, y los delincuentes por las calles, son los únicos que gozan de la libertad que todos anhelamos. Los que lo conocimos libre y pretendemos seguirlo contemplando airoso y sin obstáculos queremos para él libertad y respeto vigilante durante las 24 horas del día. No lo queremos prisionero, por mas que sea en una jaula de oro.

ARA. Diciembre 2002.

"Quienes hablan con lógica han de confiar en lo que es común a todos, así como la ciudad ha de confiar en sus leyes"

Heráclito

"La ciudad ha de ser respetada y admirada"

"Voy a tratar de hablar de arquitectura: grave y peligrosa materia; ¿no es en efecto la arquitectura el escenario obligado de toda nuestra vida? En ese escenario nacimos actuamos y morimos"

"La gran arquitectura se identifica con el sitio natural o urbano, que uno llega a preguntarse a veces que fue primero, si el edificio o el sitio"

Carlos Raúl Villanueva (Escritos diversos)